

PRENSA E HISTORIA: MI EXPERIENCIA

María Cruz Seoane

Universidad Carlos III de Madrid

Voy a hacer una reflexión muy general, a partir de mi experiencia personal como historiadora de la prensa, que tiene el mérito –si es que lo es– de ser larga aunque probablemente poco interesante. Pero soy un ejemplo como cualquier otro de qué cosas se pueden buscar en las hemerotecas y de las dificultades que se pueden encontrar en el intento.

Los historiadores que nos pasamos gran parte de nuestras vidas en esas hemerotecas nos dividimos básicamente en dos clases, aunque desde luego no son compartimentos estancos. Unos utilizan a la prensa como una de las fuentes para su estudio de determinadas parcelas del pasado. Otros hacen –hacemos– de ella el objeto mismo de la investigación. Unos hacen historia a través de la prensa. Otros hacemos historia de la prensa.

En mi caso he devenido en historiadora de la prensa, pero empecé por utilizar la prensa como fuente. Mi formación universitaria fue de lingüista y para mi tesis doctoral elegí como tema el vocabulario ideológico y político en la época de las Cortes de Cádiz, publicada como *El primer lenguaje constitucional español*, con el que modestamente inicié en España este tipo de estudios. Las fuentes eran los discursos de los oradores de aquellas Cortes, recogidos en el *Diario de Sesiones*, los numerosos folletos que se publicaron en aquellos agitados y apasionantes tiempos. Y la prensa, aquella primera prensa publicada bajo un régimen de libertad. De ahí nació mi interés por los periódicos y por la oratoria, fruto del cual fue mi segundo libro, *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*. Luego escudriñé periódicos siguiendo la pista de algún

escritor o movimiento literario, o de algún conflicto ideológico y social. Y, en cualquier caso, reciclada ya en historiadora de la prensa, me he desviado muchas veces del objeto fundamental rastreando ese tipo de temas, con el consiguiente retraso en la publicación de los tomos de la *Historia del Periodismo en España*, en colaboración con María Dolores Saiz, obra demasiado ambiciosa, que a veces me arrepiento un poco de haber emprendido y que de momento está detenida en el tercer tomo, que abarca de 1898 a 1936.

Estos que he citado como mi inicial experiencia personal de contacto con los periódicos del pasado son casos claros en que la prensa puede servir para determinadas parcelas de la historia.

I HISTORIA DEL LENGUAJE

En una época detectar las palabras nuevas o que adquieren un nuevo sentido. La historia de las palabras es en realidad una historia de las ideas y de las mentalidades, porque a través de ellas se expresa la visión del mundo de cada época.

Sin meternos aquí a dilucidar el concepto escurridizo de «opinión pública», no cabe duda de que la prensa es la mejor fuente de que disponemos para conocerla. De hecho, la noción de opinión pública es inseparable de la prensa. Es desde que la prensa existe y goza de una relativa libertad cuando surge la idea de que existe una opinión pública, ante cuyo «tribunal» tienen que comparecer los poderes.

La prensa es fundamental también para la historia de la vida cotidiana. Los anuncios son para esto una mina. La prensa española de las primeras décadas del siglo XIX estuvo sometida a una especie de ducha escocesa, en que se pasaba de una gran libertad a un control total. Cuando se pasaba de un sistema constitucional a un sistema absolutista, lo primero que se hacía era suprimir todos los periódicos, siempre con la excepción de la *Gaceta* oficial y el *Diario de Madrid*, y otros similares en otras ciudades como el *Diario de Barcelona*. Con respecto al *Diario de Madrid* y refiriéndose a estos periodos absolutistas, decía Galdós en el

epílogo a la edición ilustrada de las dos primeras series de sus *Episodios Nacionales*: «En las épocas de régimen autoritario es difícil hallar en los papeles públicos un reflejo ni aun siquiera pálido de la vida común [...] Pero el *Diario de avisos* ha sido para mí de gran utilidad, por los infinitos datos de la vida ordinaria que atesora en sus anuncios. En esta parte del periódico más antiguo de España he hallado una mina inagotable para sacar noticias del vestir, del comer, de las pequeñas industrias, de las grandes tonterías, de los placeres y diversiones de aquella generación [...] Todo lo que en esta obra es colorido, acento de época y eco nacional procede casi exclusivamente del *Diario de avisos*».

La prensa obrera es especialmente útil para el historiador del movimiento obrero. Para la información sindical es insustituible así como para el seguimiento de las huelgas.

Para la historia de la literatura, a partir del siglo XVIII desde luego es fundamental recurrir a la prensa. No puede hacerse hoy una historia de la literatura digna de ese nombre sin ella. En periódicos y revistas se han gestado todos los movimientos literarios contemporáneos y han visto por primera vez la luz muchas obras antes de convertirse en libro. En el contexto del periódico cobran su pleno sentido. En las páginas amarillentas de los viejos periódicos podemos contemplar los primeros pasos de escritores que luego pasaron con letras grandes a la historia, presenciar los encuentros de quienes más tarde se decidió que formaban una generación o un grupo literario, como es el caso de los autores de la generación del 98 en las páginas de *El País*, *El Progreso* o *El Globo*. Nos encontramos también con escritores famosísimos de los que hoy nadie se acuerda. Personalmente a mí los temas de la literatura y la prensa y el del léxico, y concretamente el de los géneros periodísticos, es en el fondo lo que más me sigue interesando y constituye en la actualidad, volviendo a los orígenes, una de las ramas de mi investigación.

Más discutible puede parecer el valor de la prensa como fuente para la historia política. Hoy nadie se lo niega, creo, por lo menos como fuente complementaria a los archivos y a veces incluso como fuente única o la más importante. Obviamente para

la época en que existe la prensa, y especialmente para la época contemporánea. Lo que ocurre es que, como cualquier fuente y en mayor medida que otras, hay que utilizarla con sentido crítico. El que vaya a la prensa creyendo a pies juntillas que todo lo que allí se dice es verdad, sin duda meterá la pata, por decirlo con lenguaje llano. Todos sabemos, por lo que leemos a diario, que los periódicos, consciente o inconscientemente, mienten o deforman la realidad y, en cualquier caso, la manipulan, la construyen. Pero para un historiador, aun cuando las noticias que aparecen en la prensa contradigan los datos extraídos de los archivos, resulta muy interesante para comprobar los rumores que estaban interesados en difundir determinados gobiernos o grupos de presión.

Las embajadas les han concedido siempre enorme importancia. Los informes de los embajadores están llenos de análisis de los periódicos y de recortes de prensa. Tienen mucho cuidado –y los historiadores tenemos que aprender de ellos– de situar al periódico en su contexto, para valorar sus opiniones. Por ejemplo, si tal periódico o tal periodista tiene relación con tal ministro o tal personaje de la vida pública. A mí me han sido de gran utilidad los documentos conservados en los ministerios de Asuntos Exteriores francés e inglés, el Quai d'Orsay y el Foreign Office, para conocer este tipo de datos, o al menos los rumores más o menos fundados que corrían sobre ellos. Otros datos procedentes de esta fuente son indudables, por ejemplo las subvenciones que esas mismas embajadas o agentes especiales enviados al efecto entregaban a determinados periódicos o periodistas para que presentasen la causa de su nación en algún tema determinado bajo un aspecto favorable. Esto ocurre en situaciones normales. Mucho más en tiempo de guerra. El caso de la Primera Guerra Mundial es paradigmático. También la actuación del *lobby* nazi en la prensa española de la República.

2 ¿QUÉ DEBERÍAMOS SABER SOBRE UN PERIÓDICO
PARA UTILIZARLO CON PROVECHO, BIEN SEA COMO
FUENTE O COMO OBJETO DE LA HISTORIA?

Ya Quintiliano, en la antigua Roma, había entendido la comunicación en sus estudios sobre la retórica, a partir de las siguientes interrogaciones: *quis, quod, ubi, quibus, cur, quomodo* y *quando* (quién, qué, dónde, con qué medios, por qué, de qué modo y cuándo). Vienen a ser las mismas de la célebre fórmula de Lasswell: Quién- dice qué- en qué canal- a quién- y con qué efecto: emisor, contenido, medio, receptor, efecto del mensaje.

Como ya observó J. Kayser «Los datos que no resulten de la consulta de la colección [del periódico] y que son necesarios al historiador para apreciar el documento periodístico se refieren a la persona de sus dirigentes, a su tirada y a su influencia. Por completa que llegue a ser, la historia de la prensa presentará sobre estos tres puntos lagunas considerables y verosímilmente irremediables». Es decir, el análisis del contenido y del medio son tareas a veces imposibles por la inexistencia de colecciones de determinados periódicos, pero los menos problemáticos si contamos con ellas.

2.1 *El quién*

En un primer nivel, es de respuesta relativamente fácil: equipo de redactores, variaciones en el mismo, director o sucesivos directores, colaboradores, etc., son, en general, aunque no siempre, fáciles de identificar. En este aspecto existe una diferencia entre la prensa latina, donde lo habitual ha sido la firma, al menos de los colaboradores, y la prensa anglosajona, donde la tradición ha sido el anonimato, aunque el auge del columnismo ha hecho cambiar las cosas. En un nivel sociológico, es preciso plantearse la cuestión de los periodistas como clase, quienes se sienten atraídos por esta actividad en determinadas épocas y en medios determinados. Pero otro nivel de la pregunta *quién* es el análisis del control: quién es el propietario del periódico, cuáles son sus objetivos, sus conexiones políticas y financieras, etc.

Y, naturalmente, cuáles son las restricciones legales, si las hay. Existen en este aspecto dos sistemas fundamentales: el preventivo, propio de gobiernos autoritarios; su más evidente manifestación es la existencia de censura previa. El segundo sistema es el llamado represivo, sin censura, pero con sujeción a las leyes, propio del liberalismo primero y de las sociedades democráticas después. Naturalmente, es un dato básico para un historiador, si los periódicos que utiliza como fuente están bajo un sistema u otro. Pero bajo un mismo marco legal, la situación de la prensa puede variar mucho en el espacio y en el tiempo, según el rigor o la laxitud con que se apliquen las normas. Por otra parte, el Estado ha tenido históricamente otros sistemas de control indirecto: impuestos sobre el papel prensa, sobre los anuncios, sistema que inventó el Reino Unido cuando en fecha tan temprana como 1695 abolió la censura previa, instaurando por primera vez un sistema de libertad. Se trataba con ello de que esa prensa libre no llegase a las clases populares. El sistema fue copiado, con distintas variedades, por los demás países europeos a medida que fueron imponiéndose los sistemas liberales y con ellos la libertad de prensa.

2.2 *A quién*

En cuanto *a quien*, esto es, el análisis de audiencia de los medios –su público–, su cuantificación es difícil para épocas en que naturalmente no existe ningún control de la difusión, que no se establecería en España hasta 1965. Pero alguna pista sí que podemos tener. Las cifras de pago del impuesto sobre el timbre, establecido en Inglaterra para las publicaciones periódicas en 1712, y en España en 1850, es una de las fuentes más valiosas, aunque en el caso de España muy imperfecta. En cualquier caso, hasta la revolución tecnológica del siglo XIX sabemos que las tiradas no podían ser muy grandes. Tirada de todos modos no es lo mismo que difusión y difusión no es lo mismo que lectores. Sin duda, en otras épocas el número de lectores por ejemplar era muy superior al actual. Naturalmente el grado de alfabetización, muy diferente para las distintas épocas y los distintos países, es

más que un indicio, un dato básico. Aunque en las sociedades de escasa alfabetización hay que tener muy en cuenta el fenómeno de la lectura colectiva, gracias al cual muchos analfabetos pueden tener contacto con el mundo letrado.

En cuanto a la calificación del público lector, a qué sectores sociales pertenecen, su averiguación puede parecer empresa más ardua, pero el contenido del periódico nos da muchas pistas, de al menos a quién pretende dirigirse. Y desde luego, los anuncios.

2.3 Con qué

Por último, *con que* efectos actúa sobre ese público es tema predilecto de estudio, con respecto a los medios actuales, de comunicólogos, politólogos y sociólogos. De su dificultad dan idea las polémicas que despierta este tema: mientras unos conceden una enorme importancia a los medios en la conformación de las actitudes e ideas de la gente, otros la minimizan. Mucho más difícil para el historiador, que no puede hacer encuestas a los destinatarios del medio.

¿Hasta que punto la prensa –y en su momento la radio y la televisión– influye en la formación en general de la opinión pública –y en la reacción de la gente ante determinados acontecimientos? ¿Cómo ha contribuido históricamente a la formación de la conciencia nacional, o de la conciencia de clase? ¿Existe una interacción entre público y medios? Procedimientos parecidos a las Cartas al Director de nuestros días existen desde antiguo. Pero la gente que escribe cartas al director es muy especial; en mi opinión no representan al lector medio, que aplaude o se indigna ante una postura del periódico, pero no se toma la molestia de hacérselo saber. Es ya un tópico decir que los medios tienen una influencia desmedida en nuestras democracias, que estarían por ello cambiando de signo, siendo así que no les hemos votado. A ello replican que cada día les votamos en el quiosco, o en la pantalla del ordenador, o con el mando a distancia. Pero ¿los medios más difundidos son –han sido históricamente, que es lo que aquí nos

ocupa— los más influyentes? No puedo extenderme en esto, pero casos como los de los nacionalismos y el movimiento obrero me hacen dudar mucho.

A todas estas cuestiones que tenemos que plantearnos los historiadores de la prensa hay que añadir algo de *historia comparada*. En prensa, como en ciencia o tecnología, hemos inventado poco y naturalmente hay que situar a la prensa española en el contexto de los países de nuestro entorno cultural.

3 PARA TRATAR DE RESPONDER A TODAS ESAS PREGUNTAS

Después de las colecciones de los periódicos, la fuente fundamental deberían ser los archivos de las empresas periodísticas, pero son pocos los que se conservan, tanto menos cuanto más alejados en el tiempo y en el caso español también para la historia reciente. El hachazo brutal de la guerra civil se une a la general desidia española en estos temas. Algunos archivos privados, libros de memorias y recuerdos proporcionan a veces datos muy interesantes.

En definitiva, el historiador de la prensa se tropieza con las mismas dificultades que el de cualquier otra parcela del pasado: la insuficiencia de las fuentes. En mi caso, al haberme, habernos metido mi colega María Dolores Saiz y yo en la ciclópea tarea de hacer una historia del periodismo español en cuatro tomos por lo menos, a todas esas dificultades se suma la de la misma magnitud de la tarea. Cuando la iniciamos no existían los suficientes estudios parciales para elaborar una síntesis. Ahora que estamos metidas en la elaboración de una *Breve historia del periodismo español*, la situación ha cambiado. El estado de las autonomías y la proliferación de facultades de periodismo han producido muchos estudios que han venido a rellenar muchos huecos, aunque claro que todavía queda mucho por hacer. De modo que no nos podemos limitar a hacer un resumen de lo ya publicado, sino que tenemos que incorporar muchas cosas nuevas y rectificar otras muchas a la luz de las nuevas investigaciones.

Las nuevas tecnologías han venido en nuestra ayuda, como a la de cualquiera que se dedique a la investigación. A través de la red pueden consultarse muchos de estos trabajos o por lo menos tener noticia de su existencia. Algunas colecciones de periódicos históricos están digitalizados. Sin duda, dentro de unos años lo estarán muchos más. Ello nos ahorrará horas de hemeroteca. No sé si lamentarlo. Un amigo mío, Ian Gibson, suele decir que quien no se ha pasado muchas horas en la hemeroteca no ha vivido, tal es su entusiasmo.

4 LAS DIFICULTADES DE LA HISTORIA PRESENTE

Mi último libro, éste en colaboración con Susana Sueiro, ha supuesto un giro radical en mis tareas. Me tentaba, por un lado, analizar a fondo la historia de un único periódico en lugar de los vastos panoramas de toda una época y, por otro, trabajar sobre el presente. Y nos metimos en la empresa de hacer una *Historia de El País*. Las dificultades aquí han sido de otro orden. Hasta hace poco se consideraba que presente e historia eran términos antitéticos, pero de un tiempo a esta parte, unas tres décadas, al tronco de la historia le ha surgido una rama nueva: la historia del tiempo presente, o historia inmediata, o reciente, o del tiempo actual, o historia viva, como otros prefieren decir, concepto quizá discutible y contradictorio y que, en cualquier caso, presenta sus dificultades. Hemos contado con todas las fuentes: la colección completa del periódico (desgraciadamente nos llegó tarde la posibilidad de consultarla en la hemeroteca virtual, que nos hubiera ahorrado muchísimos desplazamientos y muchísimas fotocopias), las actas del Consejo de Administración, de la Junta de Fundadores y de las Juntas de accionistas, los datos de la OJD y del EGM; hemos podido hacer entrevistas a muchos de los protagonistas de la historia, etc.

Pero a cambio de esas ventajas, el historiar el presente tiene muchas desventajas. Ya lo decía Renaudot en 1631 cuando iniciaba la publicación de la *Gazette de France*: «Si el temor de desagradar a su época ha impedido a muchos autores tocar la his-

toria de su tiempo, cual será la dificultad de escribir sobre la de la semana, incluso el día en que se publica». Y cuyos protagonistas y antagonistas se encuentran todavía entre los posibles lectores. Investigar sobre el tiempo presente se parece más al periodismo que a la historia clásica. Y aunque tiene la ventaja de que, como dice un antiguo director del *New York Times* (James Reston), lo mejor es que te permite escribir de las cosas que pasan cuando a la gente le importa, tiene el inconveniente de que no le guste a nadie lo que cuentas, precisamente porque le importa demasiado. Pero, en fin, así es la vida, llena de escollos y dificultades y la de los historiadores no es una excepción.